

Pregón de Semana Santa

 El grito

del Pandal

Medina de Rioseco = 1980

EL GRITO DEL PARDAL

Pregón de la Semana Santa de Medina
de Rioseco, pronunciado por el
Ilmo. Sr. D. Godofredo Garabito
Gregorio, en el Salón Castilla
del Excmo. Ayuntamiento de la
Ciudad de los Almirantes,
el día 29 de marzo de 1980,
Sábado de Pasión.

© ES PROPIEDAD DEL AUTOR,
Reservados todos los derechos.

EDITA:

Junta de Semana Santa de Medina de Rioseco

Depósito Legal: VA. 100-1980

Imprime: Sever-Cuesta. Prado, 10 y 12. Valladolid, 1980



UY venerables e antiguas Cofradías. Hermandades de penitencia e Pasión. Mayordomos, hermanos cofrades. Muy ilustre e honorable concejo, varones de justicia, regidores, caballeros, mujeres e homes buenos e sennalados desta noble villa de Medina de Rioseco. Salud e gracia en esta jornada de pregonar la Pasión e Muerte de nuestro Señor Jesucristo Dios e Homme verdadero.

Sepades vos, presentes e ausentes, que por orden de la Vara Mayor que ostenta su presidente el Señor Don Fernando del Olmo González, de claras mientes e bon corazón, se me encarga el que yo, nacido en este arciprestazgo, en el lugar del señorío que fue de los Almirantes de Castilla, más tarde villa sufragánea de la Muy Ilustre Ciudad de Medina de Rioseco, deba de facer, con el parabién de todas las antiguas Hermandades, Gremios e Cofradías, un pregón para la mayor exaltación de los valores de espiritualidad desta villa, proclamando a todos los vientos el sentir de cofradías e hermandades, al igual que ovo buenos pregones pretéritos.

Item más, invite a presentes e ausentes a sumarse devotamente a la secular costume de los cortejos en procesión con imágenes sagradas e conmemorativas de la Redención.

Fago el servicio de hablar hoy, yo, Godofredo Garabito Gregorio, natural de La Mudarra e cumplo tal ordenamiento en alta voz. A son de tapetán e toque del pardal, asumiendo tal encomienda en oficio público que no en beneficio, ya que el que sirve al común, cumple nobilísima tarea de proclama.

Seades bienvenidos.

Me acerco tímido y confuso a esta tierra, porque uno siente la tremenda responsabilidad de pregonar la Semana Santa de Medina de Rioseco.

Y es aquí, cuando vienen a mis mientes todo ese caudal de saberes y decires de tantos y tan grandes hijos de la tierra o de otros lares, que han ocupado esta tribuna y han dicho su pregón.

Y me llegan nombres entrañables, poetas y eruditos que han acertado con su lírico hacer a estimular estos ancestrales acontecimientos y en tal medida, que memorables son los pregones de Félix Antonio González, fino poeta de profunda claridad y bien decir; o el de María Teresa Iñigo de Toro, voz de España, cuajada en plenitud de loas en honor de la tierra suya y de sus antepasados; o los líricos y ambiciosos versos de Nicomedes Sanz y Ruiz de la Peña, docta pluma, esclarecido númen, conocedor de su pueblo y sus tradiciones y equívocos; o el amor de luz en dolor de Pasión, de Andrés Ferreras Pérez, Regidor que fue de este concejo, quien proclamó con tesón y holgura los valores de esta villa; o el lírico y humanístico hacer de Leopoldo Cortejoso Villanueva, dolido del hombre esclavo del campo, que en cada Viernes Santo de Rioseco lleva su Cruz; y de tantos más, propios y foráneos, cuya enumeración me llevaría a un exhaustivo recordatorio, pero que a todos oí, porque desde siempre me allegué por estas calendas hasta este lugar y escuché todas las proclamas. A todos admiro y a todos rindo merecido homenaje de respeto y afecto, que singularizo en los mencionados, por su filial vinculación a estas tierras.

Aún guardo con especial cariño el «Carracón» que me sirvió en la infancia, para con los demás chicos de mi pueblo, poder dar «la matraca» en los días solemnes de la Semana Santa de mi infancia.

Era corriente el que cada niño dispusiera de carraca o matraca, instrumentos de madera, pura artesanía familiar. Yo, en cambio, había sido objeto de un re-

galo por parte de mi abuelo, que me dio el «viejo carracón»; con él y como consecuencia de liturgia pretérita, al enmudecer las campanas en la solemne misa del Jueves Santo, servía para avisar, por todo el pueblo, la hora de las procesiones y oficios, sustituyendo a las campanas.

Nostalgias de modestas procesiones de aldea castellana en la época de la posguerra, cuando un Crucificado y una Virgen, vestida unas veces de patrona del pueblo y otras de manto negro de terciopelo, cumplía las funciones devotas de Patrona de la localidad y de Dolorosa de Viernes Santo. Todo sencillo, humilde pero piadoso.

Semanas Santa de mi primera infancia con el oficio de tinieblas al atardecer de Miércoles, Jueves y Viernes Santo.

Oficio de tinieblas que recordaban la oscuridad que se produjo en Jerusalén durante las tres horas precedentes a la muerte de Jesús: entre la hora de sexta y la de nona. Lo relatan los evangelistas sinópticos. Dice San Mateo en el capítulo 27, versículo 45: «Desde la hora de sexta se extendieron las tinieblas sobre la tierra hasta la hora de nona».

Tardes de oficio de tinieblas, cuando olían frescas las primeras lilas del atrio de una modesta iglesia parroquial, que congregaba a todo el pueblo para el canto solemne de Maitines y Laudes, cuando colocado en medio de la nave central el lampadario o tenebrario, cual gigante candelero de forma triangular en el que se habían depositado quince velas encendidas, que se iban apagando una a una, después de cada uno de los salmos que se cantaban desde el coro, ante la normal expectación de niños y jóvenes, la piedad de las mujeres y el desentonado acompañamiento de un armonio desafinado, un sacristán de gangosa voz, el coro de hombres y el latín bien pronunciado de un joven sacerdote. Entre todos cumplían la piadosa tarea de poner canto gregoriano a salmos tales como el 68, cuando el salmista pide al Señor le libre con su

omnipotencia le libre de la grave tribulación en que se encuentra.

A medida que se iban apagando las velas, se iban haciendo las «tinieblas» u oscuridad en el templo. La última de todas correspondía al canto del Benedictus: «Bendito el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo (...) para iluminar a los que están sentados en tinieblas y en sombras de muerte». La última vela encendida era escondida detrás del altar y al final del cántico, se volvía a mostrar al pueblo, queriendo indicar que Dios Hombre, después de su muerte, resucitaría.

Después, cuando salmos, antifonas, responsorios, lamentaciones de Jeremías y plegarias habían sido cantados, se entonaba el Miserere: «Apiádate de mí, oh Dios, según tu benignidad», para dar paso al tropel de chicos, quienes con sus carracas y matracas producían ruidoso alboroto, para simbolizar el ruido o terremoto que acompañó a la muerte de Cristo.

Quizá esto, que parece anecdótico y que desde que fuera reformado por el decreto de la Sagrada Congregación de Ritos de 16-XI-1955, llamado «Maxima Redemptionis nostrae mysteria», nos llegue ya como algo trasnochado, y que si hoy lo traigo a colación, es como justo reconocimiento a un modo de sentir la Semana Santa de nuestra infancia y que ha pasado a ser historia de la Iglesia y del costumbrismo de aquellas décadas.

Recuerdos o remembranzas de modestas solemnidades de mi infancia rural, o de las grandes solemnidades de mi niñez pequeña de aldea castellana.

Fue por entonces cuando, con motivo del «cumplimiento Pascual», ocasión propicia para que todo el pueblo cumpliera con el precepto de la Santa Madre Iglesia de confesar y comulgar como mínimo una vez al año por Pascua Florida, cayó por el pueblo un buen predicador, quien aparte de resaltar la degradación del pecado y la misericordia de Dios Padre,

habló de las grandes procesiones de la cercana ciudad de Medina de Rioseco.

En la próxima primavera, cuando el esplendor de nuestros campos se hacía de abril, me acercaron hasta la Ciudad de los Almirantes de Castilla.

¡Eso era procesión!... ¡Eso era devoción y gentío!

Enorme Via-Crucis por las angostas calles riosecanas. De estación a estación, se rezaba un misterio del Rosario. Recuerdo a don Sergio, cura que fue gran amigo de mi familia, arcipreste que era por entonces de esta comarca. La devoción del pueblo con su asistencia masiva, los cánticos de penitencia, la grandiosidad de las tallas, las túnicas de los cofrades, todo, me pareció grandioso y espectacular.

Después, la vida me dio la oportunidad de admirar el silente acontecer del pueblo sevillano, cuando sale de su Iglesia el «Jesús del Gran Poder»; el clamor del pueblo, cuando el «Cachorro» y la «Esperanza de Triana» cruzan el Guadalquivir sobre el puente del mismo nombre. El, al aire desnudo de la noche andaluza; Ella, bajo el palio de plata y oro de la mejor orfebrería de la ciudad bética. Asimismo, he sentido la emoción de la entrada triunfal, siempre sin hora fija y hacia la hora del ángelus del Viernes Santo, de la «Esperanza de la Macarena», que llega agotada, después de más de quince horas de caminar por la ciudad sevillana, con sus alhelíes ya mustios, sus cirios sin lágrimas, sus manos de cera y sus ojos de misericordia vuelto una vez más hacia el sentir de un pueblo que la aclama y la asaetea con requiebros y piropos, entre lágrimas y oraciones.

He visto el llanto blanco de Cartagena, con los célebres desfiles de las más prestigiosas Hermandades; los californios y los marrajos; o la singular procesión de Lorca, o el espectáculo del culto malagueño; o la disciplinante caminata de los Hermanos de Bercianos de Aliste, y los caballeros de capa parda castellana de Zamora, junto al Misesere que se canta en la bella ciudad de las traiciones.

Semana Santa de Popayán (Colombia), de parecido esplendor a la vallisoletana.

Semana Santa de Valladolid, claro exponente de los tres escultores más importantes de la escuela castellana, no solamente en lo relacionado a pasos procesionales, sino también a la iconografía religiosa en general.

La imaginación de la imagería de Berruguete sobresalta y desasosiega, porque se mueve, camina. Cada ademán, cada gesto te exige y te contagia movimiento renacentista, estremecedor y estremecido; porque el San Sebastián está a punto de caerse desfallecido ante el dolor, sereno dolor, que le martiriza y, convulsionado, se agita en tal extremo, que frente a él siente uno la necesidad de posar en el suelo ese dardo que cada hombre lleva consigo, para no herir más la asaetada anatomía del joven doncel; mas Juan de Juni es como un ciclón sereno, que arrebató todo, aun estando quieto. Es viento en huracán permanente que agota a la gubia porque la estruja en su propio cuerpo, para plasmar el dolor serenamente, resignadamente esperanzado. El entierro de Juni es la sublimación de todos los dolores, del más hondo dolor. Es la mayor esperanza de la más grávida desesperanza. Es la luz al filo de la tragedia, cuando el huracán arrecia más y cuando el dolor traspasa el aire sereno de su propia serenidad.

Ahora bien, con iluminado sosiego pasea Gregorio Fernández su gubia por todos los pinos vallisoletanos para transmitirles la huella sosegada de la oración y del consuelo, desembocando todo en una alborada de primavera, con la ternura de una flor recién alumbrada en un día de mayo. Gregorio Fernández deja al pino tendido en el suelo, se entrega al ayuno y a la oración en tanto su gubia va perfilando el dibujo y ahondando en el madero para nacer un Cristo Yacente o una Madre Virgen traspasado su dolor. Gran exponente de todo este hacer artístico y teológico está repartido, porque aquí ha sido creado,

por esta Tierra de Campos, y surge un soneto junto al arte grande de Berruguete, o brota una octava real cerca de los barros de Juni o un romance ante una obra de Gregorio Fernández.

Todo grande y piadoso, pero me vais a permitir que me quede con la nostalgia de mis «tinieblas» de infancia, iluminadas por las muy solemnes y artísticas y devotas procesiones de la ciudad de Medina de Rioseco.

Aquí estoy. Mas este año, no como espectador u oyente del pregón, sino como pregonero de las seculares procesiones de esta ciudad, que capitaliza toda la devoción de sus hijos, toda la admiración de la comarca. Su brillar deslumbra incluso a todas las demás regiones de la Península Ibérica y llega hasta la otra orilla de nuestras fronteras.

No porque sea mi comarca, sino porque es el más vivo exponente, heredado de padres a hijos y el más claro testimonio teológico de la redención de la humanidad.

Esta región, que por su situación geográfica y estratégica constituyó siempre, desde la antigüedad hasta nuestros días, un hito importante, encrucijada de caminos, senda marcada por el peregrinar de pueblos y culturas, nos recuerda la forma de vivir, de trabajar, de pensar, los ritos, el culto a los antepasados y las costumbres vivas de todo un pueblo: el castellano.

Desde tiempos prehistóricos, nuestra región, el valle medio del Duero, estuvo poblada, como la manifiestan los restos musterienses localizados en distintos poblados de nuestra geografía.

Más tarde, los ajuares megalíticos de Barcial de la Loma, Bolaños de Campos y Villabrágima nos muestran la axistencia de una civilización sedentaria y agrícola.

En la época romana florecen agrupaciones de histórico esplendor: Amalóbrica (Urueña), Intercatia (Valverde de Campos), Berrueces, Ceinos, Valdene-

bro, Torrelobatón y tantos más que nos manifiestan el auge económico de esta región en época romana, en torno a los valles del Valderaduey, del Sequillo y del Hornija.

Quizá todo esto que a través de las fuentes arqueológicas, epigráficas y documentales nos llega en esta hora, nos hace recapitular al ver cómo esta región de Tierra de Campos ha quedado marcada por la indelebre huella vaccea.

Será el primer pueblo propiamente histórico que habite en este sector central de la meseta norte. Allí desarrollaron una agricultura cerealista de gran envergadura, razón por la que tales tierras fueron hito importante en la conquista romana de Hispania, como atestiguan las fuentes clásicas.

Los poblados vacceos constituían el eje de las grandes rutas que surcaban nuestra comarca, con dirección a Emérita (Mérida) a Asturica (Astorga) y a Caesaraugusta (Zaragoza).

Todo ello es Tierra de Campos, o Campi Gothorum, orgullo de nuestro ser, exigencia de lo que somos y responsabilidad que asumimos a seguir siendo.

De ahí que hoy, cuando el surco se adueña de mis arterias y la paramera robustece mi pulso, puedo pregonar a esta región, con tradiciones e historia entroncadas en el paganismo y concretadas en el quehacer de un pueblo que fue espléndido y que muestra orgulloso el hacer de sus antepasados, muy especialmente en la época dorada de esta India chica, que fue la Ciudad de los Almirantes de Castilla.

Y es hoy, en pleno siglo XX, cuando se adueña de esta oportunidad el pensamiento del más castellano de los vascos, español universal, don Miguel de Unamuno, quien escribió en el periódico «El Sol», allá por 1932, y refiriéndose a la Semana Santa de Rioseco, comenta: «Era la misma procesión de antaño. El anciano cree ver lo que vio de niño, y el niño,

aun sin darse cuenta de ello, espera ver la misma cuando llegue a anciano, si llega...».

Y esto me pasa a mí, quizá a pesar de encontrarme en el ecuador de la vida.

Pregonar, vocear es mi misión, hasta gritar en esta encrucijada de caminos, en esta primavera, en esta Semana Santa de Rioseco, parafraseando al profeta Isaías, quien ya nos dice que «brotará un retoño del tronco de Jesé y retoñará de sus raíces un vástago», para más tarde en su profético poema del siervo de Yavhé, gritar como yo quisiera pregonar en esta hora la plena realidad redentora: «No hay en él parecer ni hermosura; despreciado y abandonado de los hombres, varón de dolores y familiarizado con el sufrimiento. El fue quien soportó nuestros sufrimientos y cargó con nuestros dolores, como cordero llevado al matadero, mudo ante los trasquiladores; fue arrebatado por un juicio inicuo, sin que nadie defendiera su causa, pues fue arrancado de la tierra de los vivientes y herido de muerte por el crimen de su pueblo».

Ha sido la voz del profeta Isaías, quien 700 años antes de Cristo, nos acerca a unos tribunales cualquiera, o nos invita a dar un paseo por la calle de la amargura de todo pueblo, o nos transporta hasta un Gólgota suburbial de la más moderna ciudad del orbe... y se oirán los gritos de Isaías, o las lamentaciones de Jeremías, o el pregón de una Semana Santa riosecana que te lleva a la contrición y al propósito de la enmienda, invitándote a reconfrontar tu vida a través del sacramento de la penitencia, que es el sacramento del perdón, de la alegría, de la recidumbre.

Por ello este pregón quiere acercarse a ti, penitente de túnica morada o blanca, que gustas del perdón y del pan eucarístico para seguir en la lucha diaria, sin desánimo y nutrido. O a ti, viajero ilustre, cargado de ciencia, que te acercas agnóstico a este nuestro hacer, en la seguridad de que, más tarde, tu

angustia unamuniana se tornará en claridades de esperanza; o a ti, campesino o industrial, que has de frenar tu trabajo para encontrar en este silencio espectacular el gemido de tu propia conciencia.

Por ello, hora es ya de que te acerques a la conmemoración de la Pasión con espíritu de penitencia, para pasear tu andadura por sus afiladas calles, singularmente plenas de palmas de un Domingo de Ramos cuando el «Hosana al hijo de David», va a tornarse en breve en un grito unísono de «¡Crucifícale, Crucifícale!».

Quedó atrás el griterío infantil de una multitud de niños que cercaban al Nazareno, quien por trono había elegido la humildad de un asno, de reminiscencias juanramonianas.

Quedó atrás el alegre cántico del Hosana y un triduo penitencial al Cristo del Amparo servirá para que el pueblo tome conciencia de la misericordia divina.

Mas, todo el esplendor de la liturgia riosecana te acercará hasta Santiago, para allí celebrar la Santa Misa «in coena Domini».

Toda la comarca, encrucijada de caminos, en tropel de multitudes y civilizaciones se está poniendo en pie.

La tierra huele a sudor y el aire se afina en claridades de atardecida. Toda la Tierra de Campos se agita en convulsiones, entre el dolor y el gozo. Dolor de Dios crucificado, gozo de su Resurrección.

Hay por la ciudad un aire nuevo, una tarde encendida, una reverente actitud.

Cada cirio espera su llama, cada cofrade estira su túnica, cada madre prepara a su hijo, cada hombre aprieta la mano y, acariciando el cirio, camina por la calle Mediana para allegarse hasta la catedralicia iglesia de Santiago.

Antes, los hermanos cofrades habían celebrando Junta acalorada, sobre todo por llevar la «cadena», o distribuir los puestos denominados «palotes» sin

que nadie quiera, como es tradición, ocupar el puesto de «eje».

Hay que llevar la túnica limpia y planchada... y ojo: «no caer la horquilla», guardando subordinación, en tanto se esté con túnica al «cadena» de cada paso.

Bajo el soportal herido de siglos
las losas pétreas lloran cera
mientras suena ronco el grito del pardal.

Ahora sí; ahora es cuando Medina de Rioseco se hace llanto, caudal de lágrimas, río o mar, qué más da: el pardal es el grito de la sangre de cada riosecano, es la llamada a la vida, a la continuidad, a la tradición.

Es el quejido de angustia, destemplado y sordo que conmueve a toda la ciudad. Hasta la torre de Santa María se crece y la de Santa Cruz se derrama lágrima, que contrasta con la otra «Lágrima de O'Donell».

El pardal es el llanto de una tierra de silencios, de un surco sin sementeras, de una vida sin Dios.

El pardal es una espadaña con mil campanas que tocan a rebato, es una tormenta de agosto, es una lágrima, que contrasta con la otra «lágrima de O'Donell».

El pardal es el llanto en las manos de un hombre que no pertenece a cofradía alguna; es una tradición familiar venida de antepasadas generaciones, tradición que se clava como un alarido o un arañazo en el corazón de las gentes de esta comarca.

Y ahora sí, llega todo el clamor de un Jueves Santo de panes ácidos, de doradas espigas, de majuelos en flor y de vides plenas de mosto, de cordero pascual y de todo el amor del mundo.

Ahora sí es Jueves Santo: Todos los sagrarios están llenos, ha sonado el grito del pardal y la Eucaristía en esta tarde de Jueves Santo de Rioseco es humildad de Jesús, porque Eucaristía es, según mon-

señor Escrivá de Balaguer, en **Camino**, «Comunión, unión, comunicación, confidencia: Palabra, Pan, Amor».

Cayó la noche plena de estrellas, refulgente la luna acaricia todos los tejados y los cofrades y hermanos de devoción se preparan para el primer magno desfile procesional: una oración por los hermanos difuntos, rodilla en tierra, antes de coger el paso, sirve para hermanarse más en el esfuerzo y en la vida, y sobre todo en la carga de este «santo paso», que cada riosecano lleva en lo más recóndito de su corazón.

Camina lentamente la noche sobre la fachada de la iglesia de Santiago y todos los olivares en ausencia de esta tierra se hacen Getsemaní de gloria. Es la «Oración del Huerto» quien se está acercando a la noche en un batir de sueños. Los cofrades suelen ser hortelanos con túnica morada, quienes sujetan, más que acarician, la angustia de un Dios hecho hombre en la agónica noche del Getsemaní de hoy.

Mas todo se calma cuando «Jesús atado a la columna» recuerda fielmente la gubia de Gregorio Fernández, aunque ello no esté confirmado. Pero es igual, ya que la columna se sujeta gracias a la misericordia de quienes, como hermanos de cofradía, pasean la desnudez de una talla de madera, cuyo arte nos trasmite la profunda lección de la teología del dolor.

Todo se ha hecho resonancia de tapetán, para entronizarse en medio de la Rúa Mayor el paso de «La Flagelación», cuyos sayones dan idea de un labriego del siglo XVII de esta comarca, que se acerca a su casa después de faenar en los barbechos. Mas «He ahí el hombre», gritó destempladamente Pilato, y el Nazareno de Claudio Tordera es más hombre, porque le precede Pilato con ademán enérgico, en tanto la humildad del Cordero es vestida de terciopelo bordado en oro, como si la devoción popular quisiera suplir el dolor de la flagelación y la afrenta.

Un Nazareno de la iglesia de Santa Cruz, de Juan de Muniátegui, llora ausencias, mientras la luna prende en la verticalidad de la noche suspiros de pétalos, para aliviar el dolor de otro Nazareno, ahora de Gregorio Fernández... Y se acerca el relente abrialeño, colándose por entre las columnas de la porticada rúa, desnuda de blasones y cuajada de golondrinas en luto.

Desnuda la calle, desnuda la noche, desnudo el hombre que se recoge en silente oración ante «la desnudez» de un Dios hecho hombre, que pasea su misericorde hacer por la vieja ciudad castellana.

El crucificado está vivo, de mirada penetrante, abiertos los brazos, sereno, quizá pronunciando la palabra de perdón para quienes al crucificarle no sabían lo que hacían. Mas la serenidad del crucificado «Santo Cristo de la Pasión» se adueña de todos los balcones abiertos de las viejas rúas, los hierros de forja se retuercen y se estiran por ver si son capaces de angostar más la calle y los dedos del crucificado les redime de longeva vetustez.

Yo me pregunto: ¿si así hablan los hierros, cómo hablarán los corazones?

Mas los corazones de los riosecanos se hacen portón y ventana, balcón y mirador porque el toque del pardal y del tapetán se afilan en clamor de surcos.

Y como final, se acerca temblorosa, traspasada por el dolor de siete cuchillos, la «Dolorosa», de Juan de Juni. Todo el torbellino de pliegues se hace espiga truncada en presagio de tormenta.

«Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: puesto está para caída y levantamiento de muchos en Israel y para signo de contradicción; y una espada atravesará tu alma para que se descubran los pensamientos de muchos corazones».

Se hace presente en toda su plenitud la profecía del anciano Simeón, cuando María y José se acercaron al templo, según la ley de Moisés, para presentar a su Hijo, por ser el primogénito. Y es hace

patente hoy, ante el silencio de todo biennacido que en los soportales de la secular rúa riosecana ve acercarse a la Señora, con el corazón traspasado no por una, sino por siete espadas, que aunque la piedad mariana las haya hecho con metales preciosos, cumplen fielmente la profecía evangélica... y se descubren los pensamientos de muchos corazones.

¡Ahí está!... Cerca de cada uno, con la mirada perdida y penetrante, cerca de la cruz, al pie de la cruz, junto a la cruz.

Stabat Mater Dolorosa
Iuxta crucem lacrimosa

Allí estaba, y aquí está: cerca de ti hombre poderoso u oprimido, cerca de ti, madre y esposa; cerca de ti, que sufres la persecución, que estás marcado por el signo de la contradicción, cerca de cada uno, que sufre o ríe, que canta o llora.

Y es ahora cuando al noche del Jueves Santo de Medina de Rioseco, después de un día de Eucaristía, después de un día de pan y amor, cuando el aire se crece en la oscuridad y baten sus grises hojas de Getsemaní todos los huertos del mundo, como un solo huerto de sudor y sangre, presagios de pasión y muerte, cuando María, hundida de fortaleza, cabalga serenamente por entre los balcones abiertos de los corazones fieles de sus hijos de la Ciudad de los Almirantes.

Y es la Señora, ella: Mater Dolorosa, quien pasa silente, serenamente dolorida, derribada y firme, hecha de pliegues sus mantos. Hecha de luz su rostro. Hecha de luna su mano clamante y apretada al corazón traspasado.

Cada mujer riosecana, que es madre, siente el dolor y el gozo, como ninguna otra mujer, ante la presencia de quien como María pueda decir: «No hay dolor como mi dolor» y apretando su pecho oprimido por el susurro teológico de la presencia procesio-

nal de esta dolorosa, calla y reza... y hasta siente sobre su mejilla el confortador rocío de una lágrima.

¡Bendita lágrima de Madre riosecana!

Las calles angostas, el esplendor de Selene está plateando la noche eucarística; toda misterio de amor y signo de unidad, en tanto las túnicas de terciopelo morado y paño negro castellano van arrastrando en muchos casos su longeva pulcritud en sayal de penitente, sirviendo de continente a un contenido de alma fervorosa, pecadora y contrita que siente sobre su carne el peso del paso que en esta noche de amor se hace más llevadero y hasta estimula para después pasar a la vida cotidiana, con la herida del pecado cicatrizada, con el alma nutrida por el pan hecho Eucaristía con el desollón arreglado, con el corazón marcado por las lañas de una nueva reparación.

Ha caído la noche sobre la ciudad de río Sequillo, han palidecido titilantes las candelas y los cirios y en las estrechas rúas riosecanas hay un suave olor a cera consumida, a cirio derretido, a clavel fresco, a lilar en primavera, a golondrina gozosa que retoma su vuelo para albergarse junto al alero de casona linajuda, donde tiene su nido desde hace tiempo inmemorial, y que hoy la acoge con más calor, debido al frío de la noche, a la angustia de la Dolorosa y al amargo llanto de un penitente que descalzo posa su pie sobre las pétreas losas de una calle con traza de barrio de judería, cuando torna a su domicilio, ya en la madrugada de Viernes Santo.

Siguen mudas las campanas de todos los conventos y de todas las iglesias de esta India chica... y se duelen los hombres del campo, y visten de lutos las mujeres de las aldeas y hay un denso aire hacia el mediodía de los Virenes Santos que no parece sino que todo yace petrificado, hasta el trinar de las golondrinas padece una musitada afonía, como si el murmullo del río Sequillo enmudeciera y sólo quedara en el aire el eco ronco del toque del pardal.

La tarde se resiste y se resiente. Todo tiene el

calor de la cera derretida, y el ritmo del tapetán des-templado.

Con paso quedo camina el anciano por las viejas rúas, mientras el pastor posa su cayado sobre el arcón de nogal en el viejo portal de la casa blasonada para cambiarle por el cirio. El niño inquieto, se paraliza porque su madre reza y prepara la túnica blanca que su padre y hermanos mayores han de llevar en el luto procesional de la tarde de Viernes Santo de Rioseco.

Ya hemos adorado la Cruz, habiendo asistido a la sobria liturgia, donde como un clamor de fe se ha levantado el leño de la Cruz donde pende la salvación del mundo.

La hemos adorado y sin dejar resquicio al ocio, has de trasladarte con premura silenciosa hasta el corro de Santa María.

Todo el azul de la tarde se torna cárdeno, ya se acusa el aleteo de miles de pájaros que posan su reverente actitud en los aleros del «corro», para ser testigos, un año más, del grandioso esfuerzo de equilibrio y fe, argumento del mejor espíritu riosecano ante la salida de los «pasos grandes».

Todos los más grandes imagineros de la escuela castellana se han hecho presencia de luz y acuden a esta cita y en cada ala de pájaro hay una gubia y en cada ala de golondrina existe un paño de Verónica.

Ya están aquí, Tomás de Sierra, Antonio Martínez, Francisco Díez de Tudanca, Rodrigo de León, Mateo Enríquez, Dionisio Pastor y desde el siglo XV al XVII, todo se hace presente a golpe de fe y de amor, porque la gubia ha sido precedida del ayuno y de la mortificación, porque los pinos y las canteras han sido traspuestas y el alma del escultor se pone a soñar en un denuedo de buen hacer y queda todo llagado de teología, hecho dogma y se hace presente «La Crucifixión», «El Santo Cristo de los afligidos», «El Santo Cristo de la Paz», «El Descendimiento», «La Piedad», «El Santo Sepulcro» y «La Soledad».

Todo un deambular de túnicas blancas de candelas

encendidas, de angustias a flor de piel, de tesón y tensión.

Todo está en la calle y a punto, menos los pasos grandes, que están esperando caiga la tarde para que el cárdeno de su atardecida se estremezca ante «La Lágrima» y las lágrimas de todos los riosecanos del mundo y de todos los tiempos.

La austeridad de la sillería enmarca perfectamente la escena a través de una porticada a medida de la altura y de la anchura del conjunto monumental de los dos pasos grandes, vulgarmente denominados como «el Longinos» y «la escalera».

Ya se ha rezado. Se oye la voz del «cadena», que dice: «Hermanos: ¿Estáis conformes con vuestros puestos?».

Normalmente, la elocuencia del silencio más riguroso hace pensar que cada uno de ellos está de acuerdo, y es cuando nuevamente el «cadena» dice: **oído**.

Son momentos de emoción, de piedad, de reciedumbre. El «cadena» abre la palma de la mano y la mira con reverencia de liturgia, la eleva, la suspende a la altura de su frente y... de pronto, la deja caer fuertemente sobre el tablero del «santo paso», con lo cual, y como consecuencia de esta palmada que sobre la madera y en esta tarde del Viernes Santo y en este lugar y momento tiene específico simbolismo y resonancia, los Hermanos se hacen con el paso para, en un instante, elevarlo a la altura precisa iniciando la salida de unos grupos escultóricos, cuyo peso se eleva a varias toneladas, y cuya belleza monumental y artística asombran a propios y extraños.

Permítaseme recordar a mi querido amigo y paisano, poeta también de los Torozos, Jesús M.^a Reglero, con quien tantas vigilias de versos y rimas hemos compartido al amparo del roble y la encina de estos campos de mies y surco.

El, nacido en Castromonte y riosecano de adopción. Así ve, así canta, así reza la salida de nuestros «reventones».

«El aire es más puro que de costumbre. El escenario más atrayente. Hombres y mujeres de Castilla, apiñados, silenciosos, al abrigo del corro de Santa María, donde la gentileza de la torre se musicaliza y el aire y las sombras se ahílan.

Hombres y mujeres de Castilla, expectantes, que rezan con el alma sumergiéndose en los trances del momento.

Hombres y mujeres de Castilla que miran con el corazón la salida de los pasos grandes.

Hombres y mujeres de Castilla que en cada suspiro de emoción están sacando el Longinos y la escalera.

Los resplandores de los cirios estorban. El silencio es más quedo y la tarde toda remansándose.

Viene de lejos un olor penetrante a tomillo y a hierba fresca, a espiga de primavera, mientras la cruz de Cristo está tomando la luz del Corro de Santa María.

Los cofrades llevan lumbre en sus entrañas y gritan el silencio con la tierra dentro de sus venas.

Miran ya los perfiles de la luna. Huelen el rocío de estas tierras labrantías y gimen en silencio el término del dolor y de la vida».

Poco que añadir a la palabra del poeta de la tierra, mucho que decir del esfuerzo heroico de los «Burreños», esos veinte hombres que han puesto el corazón a todo ritmo, en tensión, sus facultades a tope, su espíritu purificado por el fuego de la fe y del esfuerzo.

Todo está ahí, ahí, junto a la pétrea fachada, dorada en violáceo anochecer. Todo está ahí, suena «la lágrima», enmudece el toque del pardal, se ahoga, entre paños negros castellanos el tapetán, estiran su perfil todos los aleros, se paraliza el crecer de la torre de Santa María...

Ya están todas las alondras de la comarca en su alero, y cada una trae el hálito de cada hermano muerto por los siglos de los siglos... y los vivos y las espigas, y el cauce de los ríos, todo quieto.

Todo.

Menos unos hombres, que se hacen con el paso, que lentamente va saliendo sin rozar, sin desequilibrarse, midiendo todo, luz, hueco, fuerza, espíritu.
¡¡Ahí está!!

Yo me callo, porque cada uno siente los silencios aplaudidos del más grande esfuerzo y del mayor arte, como es el hacer a la calle los pasos grandes de esta ciudad de Medina de Rioseco.

La noche clava alfileres en las almas de los riosecanos, y todo se hace silencio, mas de pronto...

Cuatro faroles de plata, con cuatro cruces de la más fina orfebrería, acorralan tu talante: María en Soledad.

Cuatro faroles con cristal de niebla, amordazan el brillo de una lamparilla para no empañar tu soledad: María.

Cuatro faroles y un manojo de claveles, pálidos de luna y colocados a tus pies se adueñan de todo el aire del atardecer de un Viernes Santo cualquiera en Medina de Rioseco.

María sola. María solamente. La soledad de María.

Una talla del siglo XVII y todo el peso en soledad de soledades están inquietando a todo el pueblo, acumulando corazones en las porticadas calles, en los balcones de hierro forjado, en los ventanales, en los silencios de soledad, cuya soledad solamente Ella sabe discernir.

Espiga, plena en pluralidades de ausencias.

Talle erguido de luto y luz de tinieblas.

Dolor contenido con mil soledades de acompañamiento. Manos cruzadas de palidez marmólea.

Un paño blanco enmarca tu rostro de soledad, acentuando tu angustia de luto, cuando sola, caminas silencios de redención consumada.

Ya Getsemaní quedó en ausencia.

Ya se ha rasgado el velo del templo del pueblo antiguo de Dios.

Ya tembló la tierra y se oscureció el sol.

Ya Dios hecho hombre, bebió la última gota de su cáliz.

Regresando del Gólgota, con paso firme, y enhiesta, clamas soledades y deambulas por los corazones, como incandescente brasa de consuelo y ternura, capaz de encender la gran hoguera de tu soledad en todo el mundo.

Dolor hecho ternura... y en cada esquina y en cada quicio de cuantas casas fueron testigo de tu calle de la amargura, te trae al recuerdo de, como no hace más que unas pocas horas, otra mujer enjugó el rostro del Maestro y, sin más, su figura surgió en el blanco paño de lino, para que otra vez se dieran pruebas de que el reo era Dios mismo en trance de redención.

Más allá, Virgen de la soledad, recordarás el encuentro con tu Hijo y su mirada, el llanto de las mujeres de Jerusalén y las palabras: «No lloréis por mí: llorad más bien por vosotras mismas y por vuestros hijos, porque si esto se hace en el leño verde, en el seco ¿qué será?».

Rioseco no es un intento de Gólgota, es el Gólgota mismo, ayudado, reconfortado por miles de cireneos que en esta noche de cárdeno tono se apresuran a llevar su cruz, o de miles de verónicas ungiendo bálsamo sobre las llagas de esta atormentada humanidad.

Y la soledad de María, sigue caminando con la carga de ausencia de su propio Hijo, cuando ha quedado en el sepulcro custodiado por el poder de la tierra y amparado por la omnipotencia del cielo.

Y la soledad de María, ni se apresura ni se detiene, sigue caminando en esta noche de sangre redentora, por las calles de los Huesos, García Ganges, La Rúa, Plaza Mayor, San Buenaventura, Doctrina, arco de la Esperanza, Mediana, hasta situarse frente a la iglesia de Santa María.

Y la torre más bonita de Tierra de Campos, frente a la soledad de María de los campos góticos.

Dolorosamente erguidas, la torre de piedra y encaje renacentista, y la Virgen de oración y luz esperanzada de aurora.

Frente a frente la torre y la soledad de María.

¿Qué riosecano presente o ausente vivo o muerto no se estremece ante tamaña desproporción?

¡Torre de Santa María! ¡Vigía de auroras! ¡Jaculatoria de piedra! ¡Espiga de la paramera! ¡Señora de los Campi Gothorum!

¡María de la Soledad! ¡Consuelo de los afligidos! ¡Refugio de los pecadores! ¡Puerta de Cielo! ¡Salud de los enfermos!... ¡Torre de David! ¡Auxilio de los cristianos!

La salve de un pueblo que expectante se aglutina en tu derredor, por un momento enmudece, se olvida de la gigantesca torre, acelera su pulso contiene su emoción y en su clamor de piedad, rompe el denso aire de la noche riosecana y grita, llora o canta: ¡Oh Clementísima! ¡Oh Piadosa! Virgen María. Ruega por nosotros Santa Madre de Dios.

Una marcha fúnebre agita la noche en tanto la «Soledad de María», traspasa el umbral de su recinto sin dejar de mirar a todos y cada uno de sus hijos de Medina de Rioseco, presentes o ausentes, vivos o muertos.

Ya está dado el pregón, he terminado.

Sí, me diréis que no he hablado del «Barrena», ni de los ágapes de alubias y bacalao que ofrece la fraternidad hospitalaria de los Mayordomos de estas cofradías, algunas con más de 500 años de antigüedad.

¿Qué más da?

Habrà luego una Pascua Florida, no sólo de lilares y almendros en flor, sino más bien de conciencias conritas y purificadas.

Ahí está la verdadera Pascua; el verdadero paso del pueblo de Dios de la esclavitud a la libertad; todo el simbolismo del velo del templo rasgado. La humanidad redimida.

Luego, vendrá el lunes de pascua y los críos en

las recoletas plazas, simularán con unas tablas y un trozo de fleje, tableros y horquillas; y alguno, quizá el más ligero de peso, hace de imagen viviente y es paseado en hombros por esos niños de hoy que mañana continuarán la tradición de sus mayores.

Mientras Medina de Rioseco tenga pregón, habrá procesiones de Pasión y habrá Pascua. Y si los hijos de vuestros hijos siguen cada Lunes de Resurrección emulando vuestra piedad y esfuerzo... continuará el milagro más grande de la Ciudad de los Almirantes de Castilla, que en este año de gracia de 1980 «en el nome del Padre, que fizo toda cosa», escuchó EL GRITO DEL PARDAL en mi canto pregonero hecho a golpe de fe y de amor...

En tanto, el señor Felipe comenta con un labriego en el «Corro de Santo Domingo»:

—Se nos marchó marzo con viento fresco y sin llover... los sembrados no prometen.

Mas en la calle de los Lienzos le grita a la señora Juana una vecina:

—Ya vi al tu Angelín sacando al «Longinos»... El mi mayor, le sacará al año que viene, que licencian a los de su quinta...

¡Siguen esperanzados las mujeres y los hombres de los campos góticos!

